

plaza pública para la edición del 13 de marzo de 1992

Revisión del liberamismo

Las preguntas de Dahrendorff

miguel ángel granados chapa

A su experiencia política interna (como diputado local y federal, como dirigente partidario y como viceministro) Ralph Dahrendorff agregó una breve pero aleccionadora presencia en una especie de gobierno internacional, la Comisión Europea, en Bruselas. Allí actuó como Comisario (ministro) primero de comercio exterior y relaciones exteriores (1970 a 73) y luego de educación, investigación y economía. (73 a 74).

No se trata, entonces, sólo de un intelectual propenso a la duda, sino de un político activo que, sin embargo, no deja de plantearse árdidas cuestiones. Ayer nos referimos a su discurso en el congreso de la Internacional Liberal de 1986, reunido para discutir la necesidad de una menor intervención del estado. Reprodujimos sus conclusiones, que consisten en plantear no menos gobierno sino otro gobierno, un gobierno diferente. Pero son importantes, por las reflexiones que sugieren, las preguntas que Dahrendorff se formula para llegar a esas ideas.

¿Es posible realmente reducir el gasto público en el sentido en que se ha discutido, y estamos acaso todos resignados a reducir la tasa de incremento del gasto público? ¿Es eso lo que queremos decir cuando ~~hablamos~~ hablamos de recortar el gasto público? ¿Quién ha reducido el gasto público? ¿Qué precio han pagado los que ^{lo} han recortado, o intentado hacerlo? ¿Cuál es el costo de un proceso irreflexivo de reducción dentro del sistema de gasto público gubernamental que creamos con el fin de garantizar los derechos civiles? ¿Y qué decir de las consecuencias sociales del mismo? ¿O de las consecuencias en la infraestructura? ¿O son acaso las grandes empresas privadas mejores que las públicas? ¿Hay alguna garantía, particularmente en una época de grandes y continuas fusiones en el sector privado, de que las empresas que resulten vayan a ser manejadas más eficientemente y produzcan mayores beneficios para sus empleados, para sus clientes, para las sociedades en las cuales existen? ¿Es la privatización una polí-

systemática

¿o?



tica verdaderamente honesta o se la sigue a veces con el fin de equilibrar presupuestos cuando no hay otra forma de hacerlo? ¿O se trata simplemente de un ^epretexto ideológico que utilizan aquellos que están pensando en otra cosa muy distinta? ¿Cuál será el efecto de una desreglamentación en el sector de los servicios? ¿No podría una desreglamentación en ciertas áreas acarrear posibles ^aamenazas a la seguridad? ¿No interfiere la desreglamentación con las reglas del juego que podrían ser precisamente el requisito indispensable para que ese juego pueda jugarse? ¿Y qué decir del gobierno y la innovación? ¿No tienen acaso los gobiernos un papel innovador, ni siquiera en una época en que es muy improbable que las firmas particulares, las organizaciones de investigación de carácter privado, emprendan grandes proyectos tecnológicos? ¿Y qué resta si en los hombros de los individuos se descargan muchas de las responsabilidades que incumben a la sociedad? ¿Funciona eso? ¿Tiene un mayor número de individuos efectivamente más ^Nprobabilidades de una vida mejor que antes? ¿Este es un proceso que en nuestro concepto fortalece verdaderamente la libertad, o algo que simplemente nos retorna a los viejos problemas y por consiguiente a la reaparición de viejas ^lsoluciones, y a volver a escribir, de manera muy semejante, una historia que si bien plantea dudas, puede decirse que ha resuelto algunos de los interrogantes?

"Por mi parte, debo confesar que tengo una preferencia fundamental por una menor intervención estatal, pero también me planteo esas dudas y me pregunto si ya hemos encontrado respuestas que podamos defender de una manera responsable".

Nos hemos extendido, en estos tres días, en exponer el pensamiento de Dahrendorff por ⁵dos razones. Por un lado, porque ejemplifica, y tal vez ha inspirado, el movimiento para ponerle adjetivos al liberalismo, en el ^{afán}afán de hacer menos crudas sus proposiciones. Y por otra parte, para que se vea que la adopción de posiciones políticas no tiene que surgir del dogmatismo, sino de la formulación de cuestiones con ánimo crítico.



PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

Revisión del liberalismo

Las preguntas de Dahrendorff

A su experiencia política interna (como diputado local y federal, como dirigente partidario y como viceministro), Ralph Dahrendorf agregó una breve pero aleccionadora presencia en una especie de gobierno internacional, la Comisión Europea, en Bruselas. Allí actuó como comisario (mi-

13-MARZO-1992

nistro) primero de comercio exterior y relaciones exteriores (1970 a 73) y luego de educación, investigación y economía (73 a 74).

No se trata, entonces, sólo de un intelectual propenso a la duda sistemática, sino de un político activo que, sin embargo, no deja de plantearse arduas cuestiones. Ayer nos referimos a su discurso en el congreso de la Internacional Liberal de 1986, reunido para discutir la necesidad de una menor intervención del estado. Reproducimos sus conclusiones, que consisten en plantear no menos gobierno sino otro gobierno, un gobierno diferente. Pero son importantes, por las reflexiones que sugieren, las preguntas que Dahrendorf se formula para llegar a esas ideas.

“¿Es posible realmente reducir el gasto público en el sentido en que se ha discutido, y estamos acaso todos resignados a reducir la tasa de incremento del gasto público? ¿Es eso lo que queremos decir

cuando hablamos de recortar el gasto público? ¿Quién ha reducido el gasto público? ¿Qué precio han pagado los que lo han recortado, o intentado hacerlo? ¿Cuál es el costo de un proceso irreflexivo de reducción dentro del sistema de gasto público gubernamental que creamos con el fin de garantizar los derechos civiles? ¿Y qué decir de las consecuencias sociales del mismo? ¿O de las consecuencias en la infraestructura? ¿O son acaso las grandes empresas privadas mejores que las públicas? ¿Hay alguna garantía, particularmente en una época de grandes y continuas fusiones en el sector privado, de que las empresas que resulten vayan a ser manejadas más eficientemente y produzcan mayores beneficios para sus empleados, para sus clientes, para las sociedades en las cuales existen? ¿Es la privatización una política verdaderamente honesta o se la sigue a veces con el fin de equilibrar presupuestos cuando no hay otra forma de hacerlo? ¿O se trata

simplemente de un pretexto ideológico que utilizan aquéllos que están pensando en otra cosa muy distinta? ¿Cuál será el efecto de una desreglamentación en el sector de los servicios? ¿No podría una desreglamentación en ciertas áreas acarrear posibles amenazas a la seguridad? ¿No interfiere la desreglamentación con las reglas del juego que podrían ser precisamente el requisito indispensable para que ese juego pueda jugarse? ¿Y qué decir del gobierno y la innovación? ¿No tienen acaso los gobiernos un papel innovador, ni siquiera en una época en que es muy improbable que las firmas particulares, las organizaciones de investigación de carácter privado, emprendan grandes proyectos tecnológicos? ¿Y qué resta si en los hombros de los individuos se descargan muchas de las responsabilidades que incumben a la sociedad? ¿Funciona eso? ¿Tiene un mayor número de individuos efectivamente más probabilidades de una vida mejor que antes? ¿Este es un proceso

que en nuestro concepto fortalece verdaderamente la libertad, o algo que simplemente nos retorna a los viejos problemas y por consiguiente a la reaparición de viejas soluciones, y a volver a escribir, de manera muy semejante, una historia que si bien plantea dudas, puede decirse que ha resuelto algunos de los interrogantes?

“Por mi parte, debo confesar que tengo una preferencia fundamental por una menor intervención estatal, pero también me planteo esas dudas y me pregunto si ya hemos encontrado respuestas que podamos defender de una manera responsable”.

Nos hemos extendido, en estos tres días, en exponer el pensamiento de Dahrendorf por dos razones. Por un lado, porque ejemplifica, y tal vez, ha inspirado, el movimiento para ponerle adjetivos al liberalismo, en el afán de hacer menos crudas sus proposiciones. Y por otra parte, para que se vea que la adopción de posiciones políticas no tiene que surgir del dogmatismo, sino de la formulación de cuestiones con ánimo crítico.